# La adulación

■ Pocas cosas hay más reprobables que la adulación. El halago excesivo y empalagoso produce al que lo escucha náusea espiritual, pues el adulador no es sino un extorsionador que a trueque de lo que más busca el hombre: la aprobación, la palabra amable, el cariño, persigue su propio beneficio.

Y si el adulador es una especie que se da con tanta frecuencia, que de su paso en la historia está cargada toda la crónica cortesana y palaciega, es porque, para quien recibe el halago, es muy difícil detectar su falsedad.

El hombre que vive en una función pública, sometido al juicio de sus contemporáneos, necesita del elogio como otros necesitan del alimento. En la necesidad de ratificar la corrección de su proceder, tendrá siempre el oído dispuesto para quien lo apruebe, aun sin mesura y para descalificar a quien lo critique, aún con prudencia.

Nadie más propensos al adulo que los gobernantes y los actores. A ambas especies, en el juicio de los demás, se les va la vida. El actor que es alabado por un crítico, dirá mezquinamente que el hombre se limita a cumplir su función y si es criticado habrá de tomar los reparos como una injuria personal. El gobernante que detenta el poder y puede otorgarlo, está expuesto a la adulación como un nudista a pescar una gripe en medio de la nieve. Ellos suelen ignorar la sabia sentencia de Tácito que nos recuerda que "la peor especie de enemigos es la de los aduladores". Muchas veces, la adulación ha perdido a los que reinan. María Antonieta fue conocida por sus contemporáneos como "Madame Deficit" por la forma como abusó del erario nacional. ¿Cómo no iba a hacerlo si Calonne, el Ministro de Hacienda, era un adulador profesional que ante cualquier capricho de la reina contestaba: "Señora, si es posible, está hecho; si es imposible, se hará".

Por más que se tiende a culpar por igual al adulador que al que permite el ejercicio de la adulación, no se puede menos que ser indulgente por quien gusta del halago. En "Timón de Atenas", Shakespeare nos dice que "quien se complace en ser adulado, es digno del adulador", pero nos parecen más sabias y humanas las palabras que solían estar en boca del Papa Juan XXIII: "Me adulas, pero me agrada".

Porque algo hay que decir en defensa del adulador, por excesivo que sea su elogio y desproporcionado su aplauso; su presencia es estimulante y si habremos de equivocarnos en el juicio que tenemos de nosotros mismos y de lo que hacemos —como solemos equivocarnos— mejor es que ese error peque de optimismo que de pesimismo.

En definitiva, cabría preguntarse qué es lo que distingue el elogio a la adulación. Lo primero, se considera una virtud y lo segundo un pecado. Tal vez, la diferencia podría estar en la mayor o menor sinceridad en que el juicio se expresa, pero existen aduladores que son sinceros en su desmesura, que el entendimiento y la razón se le nublan ante la admiración y, en el exceso, pecan con sinceridad.

El asunto es meramente subjetivo. Tildamos de adulador al que elogia a quienes no son de nuestro agrado y tratamos de hombre justo a quien halaga nuestra vanidad. A éstos, no le preguntamos si son sinceros y si nos quieren de verdad. Ya lo dijo el poeta latino Lúcano:

"Que entre lisonjas que a la dicha eclaman
el feliz no averigua si le aman".

Habrá que reconocer, en definitiva, que un poco de adulación no hace mal a nadie. Es como el vino, sólo en grandes cantidades marea, pero una copita...

**PARTIQUINO.**